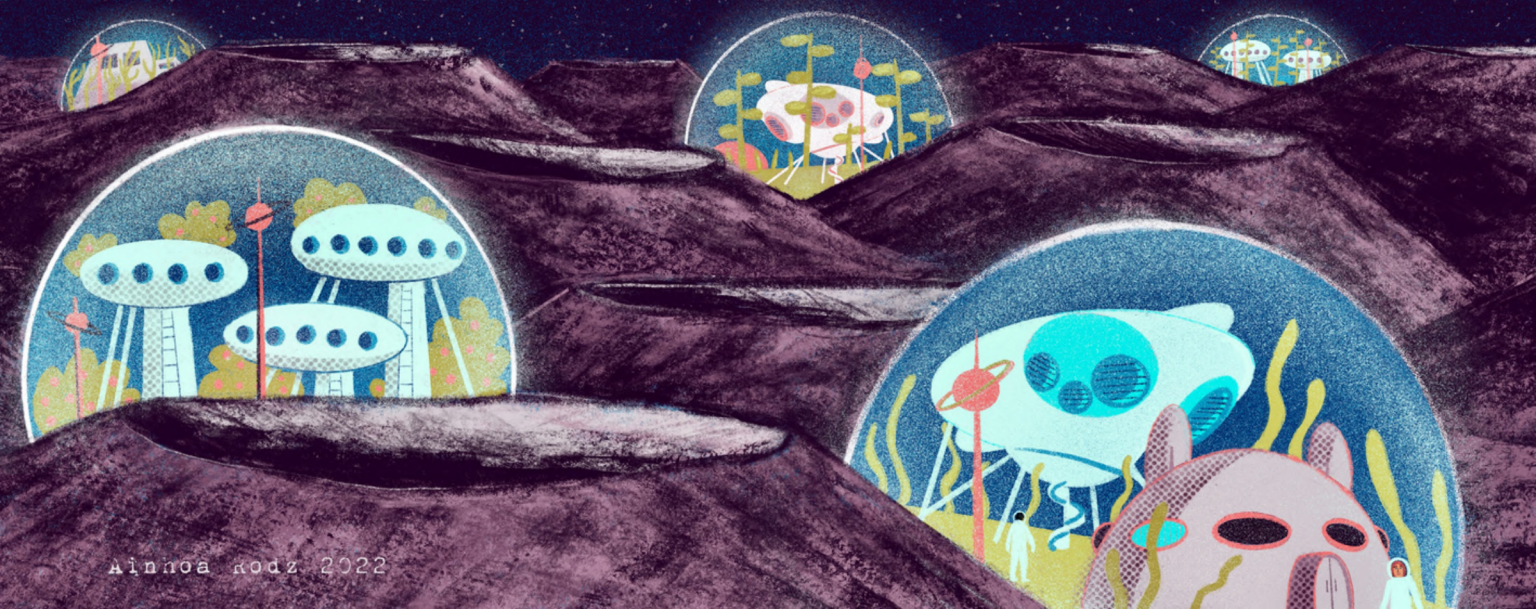


PROYECTANDO EL FUTURO

Un relato de **Jesús Díaz Chaparro**

Premio ParticipARTE - XIV Congreso Estatal y II Iberoamericano de Trabajo Social



PROYECTANDO EL FUTURO

*Un relato de **Jesús Díaz Chaparro***

Premio ParticipARTE - XIV Congreso Estatal y II Iberoamericano de Trabajo Social

 Consejo General
del Trabajo Social





Edición
Consejo General del Trabajo Social

Autor
Jesús Díaz Chaparro

Diseño de la portada
Ainhoa Rodríguez



I

¿Nos harán fotos? Me gustaría que mi madre pudiera poner una en el mueble de las fotos. ¿Cómo es ese momento en que vamos a las tiendas de muebles y nos venden uno para las fotos? ¿Nos enseñan los módulos para el salón y nos dicen *aquí, el mueble de las fotos*? Están diseñados con la sutil estrategia de que los libros no se vean bien, ya te muestran bibliotecas para todos los gustos lectores; las botellas y copas no van ahí, que para eso está el mueble bar. No cabe otra cosa que no sean marcos con fotografías de los hitos familiares y de los que presumir, fundamentalmente, los de los hijos: una de fotomatón siempre hay, la de la comunión no falla, otra de algún viaje, quizá el primero en familia o el que se hizo de fin de estudios en el instituto. Mi madre también puso la foto de mi orla de la diplomatura en Trabajo Social y aquella que me hizo en la Plaza Mayor de Salamanca una de tantas veces que vinieron a visitarme. Dice que estoy muy guapo, pero yo creo que no, que no es para tanto y muestra de ello es que la tiene sin marco. Veinte años lleva la dichosa foto sin que le pongan un marquito, tan guapo no estaré y, de hecho, si te fijas bien, salgo con la sonrisa forzada. Igual tiene que ver que en aquella época yo iba de *jipi*, con el pelo más largo, esa ropa de colores étnicos y los ojos rojos a juego. El caso es que allí está, en el mueble de las fotos. Yo creo que si las junta un poco más puede poner una de las que me hagan en estos días porque habrá fotos, ¿verdad?



Mi compañera en el equipo de servicios sociales me escucha mientras apura el café. Asiente con la cabeza y la tranquilidad que le da la experiencia y su condición de experta en crear equipos, generar nuevas intervenciones y empezar desde cero. Ella fue la primera trabajadora social que metió un pie en el barrio de Buenos Aires, en Salamanca, cuando solo entraba el cura. Allí, mientras estudiaba la carrera, la conocí. Admiro su capacidad de iniciar proyectos. No es de sentirse apegada a un despacho, a una intervención que ya conoce ni se jacta de haberle pillado el gusto a un barrio o población concreta. La he visto trabajar en distintos ámbitos y en todos se maneja como pincel en acuarela, sabe sacar lo mejor de cada individuo y siempre está como ahora, calmada, sosegada. A veces pienso si no será ella quien tenga la clave para curar el síndrome de Burn Out, tan extendido en nuestra profesión.

—Yo creo que sí, que alguna foto caerá. Normalmente no le interesamos a nadie, pero esto va a ser un bombazo. ¿Te vas a afeitar para la ocasión? —sonríe burlona mientras se levanta con la taza del café vacía. La deja junto a la cafetera que tenemos en el despacho y antes de regresar a la mesa de trabajo, se detiene, abre un cajón y saca un sobre que alguna vez fue blanco.

Lo deja caer sobre la mesa con la gracia que una superior te deja un marrón pendiente. Ella vuelve a su asiento, se reclina y me mira. Yo abro el sobre y veo que no es un marrón.

—Esto sí que no me lo esperaba, Marga.

—Yo siempre llevo un as escondido —me responde a sabiendas que, con este movimiento, gana la partida.



Saco una fotografía, luego otra y así hasta completar cada espacio que hay libre en la mesa que compartimos. En ellas, Marga debe tener la edad que tengo yo ahora, así que no hay duda, el pazuato que aparece junto a ella soy yo, pero el entorno es maravilloso: Plaza de la Constitución, Santiago de Chile. Unas gradas que terminaron de montar unos minutos antes del acto con el Palacio de la Moneda de telón de fondo. Estuvimos tres meses impulsando el proceso vecinal por diferentes barrios de la capital chilena. Para conmemorarlo hicieron un acto donde pudieron asistir representantes vecinales de cada uno de ellos, además de responsables de los servicios sociales chilenos. Fue una época linda y loca, casi tanto como la que estamos a punto de afrontar.

—Aprendimos mucho —le digo sin mirarla porque estoy recordando aquellos momentos evitando pensar en el tiempo que ha transcurrido desde entonces.

—Mucho, Álex. Creo que no lo aprendimos todo, pero casi —dice ella mientras empieza a recoger las fotos y meterlas de nuevo en el sobre.

—Habrá fotos, le podrás dar una a tu madre y ponerla en todos tus perfiles de redes sociales —continúa— pero para ello, hay que ir y, sobre todo, volver.

—No seas agorera, nos han dicho que hay cien por cien de seguridad en eso, que no hay nada que temer.

—Yo no temo nada, creo que en este mundo lo tengo todo visto, pero recuerda que no vamos a este mundo.

Y tiene razón, aquí ya nos han encañonado con pistolas, nos han insultado y nos han hecho salir por patas en alguna ocasión. Hemos dado la voz de alarma para rescatar niños, callar cuando la ocasión nos lo pedía y salvar así una vida, hemos



trabajado junto a la Policía y la Guardia Civil... cosas muy truculentas que cada semana ven en cientos de barrios de nuestro país compañeras de profesión.

Terminamos de recoger las fotos, dejamos que sean los recuerdos y las vivencias quienes permanezcan y nos ponemos al lío de nuevo.

—¿Por dónde íbamos, Álex?

—Se nos atravesó al explicar la situación geográfica y la necesidad de ubicar el dispositivo en el barrio —le respondo mientras ojeo las dos pantallas de ordenador que tenemos abiertas.

—¿Pero qué barrio ni geografía? Adonde vamos no saben ni qué es eso —se muerde el labio Marga al intervenir. Vamos por buen camino, es su gesto de que está todo controlado.



II

Llaman al timbre. *Mensajería*, escucho hueco al repartidor por el telefonillo. Ya en la puerta, el típico saludo protocolario da paso al intercambio: toma mi número de DNI y deja el paquete. He visto cajas de frigoríficos más pequeñas, así que la arrastro hasta el salón, levantarla me da pereza y ya nos dijeron en la formación que mucho cuidado con darle golpes. *Cuidado al manipular el traje*, nos dijeron, y van y lo mandan por mensajero.

—Marga, me acaban de traer el traje. ¿Qué hay que hacer ahora? —le pregunto, que para eso es la jefa, por teléfono mientras rodeo y toqueteo la caja.

—A mí también me lo acaban de mandar, no he abierto nada todavía.

—Yo tampoco —respondo mientras intento pegar de nuevo el papel celofán con el que viene pulcramente sellada y por no recordar si había que abrirla o no. Con tantos protocolos uno nunca sabe si va a meter la pata o si un procedimiento se antepone al anterior o lo refrenda. Hasta ahora pensaba que las justificaciones que tenías que hacer para los proyectos financiados por las obras sociales de los bancos eran lo más complicado de llevar a cabo, pero siempre hay posibilidades más allá.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —vuelvo a preguntar. Marga siempre tiene una respuesta y yo ni me molesto en rebatirla o buscar una alternativa. La sigo a fuego desde que quiso que me quedara en su equipo y me propusiera compartir cada reto profesional.



Porque esa es otra, los encargos se los hacen siempre a ella. Que llegaba una invitación para supervisar el proyecto comunitario que se estaba desarrollando en el barrio del Gurugú de Badajoz, decía *Voy, pero mi compañero Álex viene conmigo*; cuando la llamaron para hacer de observadora en un proyecto de Las Barranquillas junto a la Universidad Complutense, me dijo *No hagas planes, nos vamos un mes a Madrid*. Esas son las más sonadas, junto con la de Chile. Un día le pregunté que porqué me pedía que la acompañara, que qué tenía yo y si ella no quería hacerlo sola. No podía dejar de sentir que a veces yo era un estorbo, sobre todo al principio. Cada vez estoy más cerca de saber la respuesta porque en su momento me dijo *Si no quieres venir, tú sabrás. Solo si estás a mi lado el día de mi jubilación te responderé a esa pregunta*. No hemos vuelto a hablar del tema y sigo intrigado. Debe ser una respuesta muy buena porque la lleva pensando años.

—¿Qué pasa? Que quieres abrir la caja ya, ¿verdad? —me conoce tan bien que sabe que me pueden las ganas.

—Tú ya sabes que siempre he sido muy de estrenar traje y nunca me han hecho uno a medida.

—Sí, yo también estoy intrigada. Nos lo probamos y hacemos videollamada. En verdad no dice nada el protocolo. Nos tienen que llamar para seguir con las instrucciones. Por cierto, Álex... —dice dejando una duda en las ondas desde un teléfono a otro.

—Dime, Marga. ¿Ocurre algo?

—No, que sé que no vas a hacerlo, pero que no compartas nada del proyecto en redes, porfa —descarga la vergüenza por advertir algo así.



La entiendo, porque últimamente he estado actualizando mucho las aplicaciones, pero sobre esto nunca se me ocurriría publicar algo.

—Nada, no te preocupes. Ya tendremos tiempo de fardar cuando vayamos al congreso y contemos la experiencia, ¿eh? —me carcajeo para quitarle hierro al asunto.

Si todo sale bien, la propuesta incluye participar como ponentes estrellas en el próximo Congreso Estatal de Trabajo Social. Será dentro de dos años, tiempo suficiente para evaluar y exponerlo.



III

Los objetivos del proyecto me golpean uno a uno al ritmo de la sístole y la diástole. Se instalan en la sien, *bum*, hasta que llega otro, *bum*, y vuelta a empezar sin que pare la cadencia.

Desarrollar desde el inicio las habilidades sociales. Facilitar y mejorar la convivencia. Resolver los conflictos de la convivencia. Evitar problemas en la convivencia. Ordenar relaciones. Construir tejido social. Facilitar las relaciones con la población nativa en caso de que la haya. Atender a los procesos de duelo por emigración. Participar en la consecución de relaciones personales, familiares y sociales sanas.

Somos unos privilegiados porque esto no le pasa a cualquiera. Si me llegan a decir a mí cuando estudiaba la carrera que terminaría en un proyecto así, hubiera pensado que me tomaban el pelo. En aquellos años, soñadores y con el sueño cambiado, nos bastaba con elegir entre grandes grupos de intervención. Colectivos les llamábamos. Sin pudor.

Podíamos argumentar que queríamos trabajar con mayores o mujeres. Había quien se atrevía a admitir que no estaba motivado para atender a personas con discapacidad o a la infancia. Con la matraca que daban siempre con que no había



que poner etiquetas y no hacíamos otra cosa, bien fuera por ordenar o por definirnos. Cuánto ha cambiado todo.

Estamos yendo en el bus de la empresa organizadora del proyecto hacia la nave espacial. El logotipo de *People on the Moon*, nuestra financiadora y quien está detrás de todo esto, aparece constantemente. Vamos ataviados con el traje y solo tenemos que ponernos el casco una vez que lleguemos a la escalera de acceso. Nos quedan por delante tres días de viaje. Tenemos que poner en práctica todo lo aprendido en la formación, que se resume en *Admite que te vas a aburrir en el trayecto, luego tocará trabajar y disfrutar*. Los primeros viajes a la Luna se hacían más pesados, no bajaba de los cinco días el tiempo que tardabas en llegar. Si pudimos sobrevivir a aquellos veraneos de nuestra infancia sin cinturón de seguridad en la parte de atrás del coche, a los trayectos en autobuses de línea regional y a las visitas domiciliarias donde te ofrecen café, seguro que saldremos de esta.

Tras saludar a nuestros compañeros de viaje y por extensión, colegas del equipo en el que desde ya nos hemos integrado, nos invitan a pasar a la nave para ir ajustando sistemas de anclaje y de seguridad. Nos acompañan dos psicólogas austriacas, un abogado francés especializado en derecho espacial e interestelar, una educadora social de Portugal y una socióloga alemana. Marga y yo completamos la expedición europea del primer equipo interdisciplinar que va a actuar en la Luna a petición de todas las instancias gubernamentales con la responsabilidad de coordinar el proyecto.



Desde que comenzaron a programarse vuelos espaciales al satélite terrestre no fueron pocos quienes quisieron probar y empezar a vivir allí. Se encontraron con mucho territorio por explorar, casas ubicadas en urbanizaciones que salvaban los cráteres y ocio, porque *People on the Moon* procura que nunca te puedas aburrir. El contrato firmado es para vivir en la luna, al menos, veinte años.

—Álex —me requiere Marga.

—¿Escuchas el motorcito ese? No te vayas a echar atrás ahora que ya sabes cómo se las gasta esta gente. Son capaces de dejarte aquí en el desierto tirada —intento bromear porque su mirada es tensa y preocupada.

—A mí el viaje me da igual, tengo claro que no pueden arriesgarse a que salga mal porque entonces se les cae todo el negocio. Lo que me preocupa es nuestro desempeño allí.

—Venga, no es para tanto. Hemos estado en sitios que eran mucho peores —disuado con mi mejor sonrisa porque estoy contento. Además, he visto que había muchas cámaras fotográficas y de vídeo antes de subir. Con eso me aseguro publicaciones en redes sociales, material para nuestra conferencia y, claro, que mi madre llene un poco más el mueble de las fotos.

—Sí me preocupo. Y mucho. Este será mi último proyecto antes de jubilarme. He tomado la decisión esta misma mañana, mientras me preparaba en la habitación. Pierdo algo de dinero, pero con el ingreso extra que nos van a dar por esto me podré apañar. El caso es que, tras reflexionar y darle vueltas, creo que no estamos preparados.

—Marga, seguro que te está afectando la decisión. Eres ahora mismo una policía



de película diciendo que se quiere retirar sin una mancha en el historial. ¿Que no estamos preparados? Pero cómo no vamos a estar preparados si llevamos más de un año entre viajes, formación, idiomas y seminarios —y no se lo digo, pero yo soy de la generación más preparada de la historia, aquella que podía acumular dos carreras universitarias, tres másteres, un doctorado y el diploma de ocio y tiempo libre. Marga estaba entrando en barrena en el peor momento.

—No, no lo estamos porque siempre hemos trabajado con la pobreza. Con quienes no tenían. Gestionar un recurso para quien no tiene nada es más sencillo que hacerle entender a millonarios, que quieren meterle picante a sus vidas yéndose a vivir a la Luna, que las relaciones son importantes. Que la comunidad es importante.

—Sí y no. Es más fácil porque quien no tiene nada, a cualquier madero se arrima.

Ahora vamos a sentar las bases del Trabajo Social en la Luna. Es algo que nadie ha alcanzado, solo tú y yo. Estamos en la cresta de la ola de la profesión. Hemos presentado un proyecto que era increíble y nos han dado la coordinación. Ahí arriba, hacia donde vamos a despegar, necesitan que diseñemos procesos de acompañamiento a familias enteras. No es como en la Tierra donde la falta de dinero les impide ver más allá de la necesidad de supervivencia. Mira, lo pone aquí en el *Manual del buen terrícola en la Luna*, que nos dieron: «Las necesidades básicas de alimentación, vestimenta, manutención y cualquier otra que se considere imprescindible para permanecer en el espacio lunar correrá a cargo de la empresa impulsora» —le sostengo abierta la página del libro donde tengo marcado este párrafo. Ella mira sin leer.



—No vamos a trabajar con precariedad económica y sí con precariedad social —
continúo—. Esta gente ha llegado a un lugar nuevo, buscando la aventura de sus
vidas, y pensaban que para ellos sería fácil. Lo es, pero tienen que hablar, generar
grupos y entablar relaciones. Las desavenencias familiares siguen por más que
estén en el espacio, ¿Quién va a mirar con dulzura a los hijos de quien se divorcie
allí arriba, Marga? ¿Quién va a reconfortar cuando extrañen lo que dejan aquí en la
Tierra? — nuestras miradas se sostienen cuando avisan que guardemos silencio
porque vamos a despegar. Marga no se ha mordido el labio, no sé si saldrá bien,
pero confío en que sí y confío en ella ahora más que nunca, como lo hizo ella
siempre en mí.



IV

Marga regresó tras los seis meses protocolarios. Yo pensé que no sería mal plan hacer algo solo en lo profesional por primera vez. Hoy es nuestra intervención en el Congreso Estatal del Trabajo Social y la hacemos juntos. Ella estará en el plenario y yo, por videoconferencia. Sí, aquí no ha tardado nada en implantarse internet y nos ha servido de mucho para realizar atenciones cuando el clima no nos ha dado tregua. Marga no quería participar en la conferencia, esquivaba las invitaciones y mis propuestas a hacerlo juntos argumentando que ella estuvo poco tiempo, que si ha pasado más de un año...

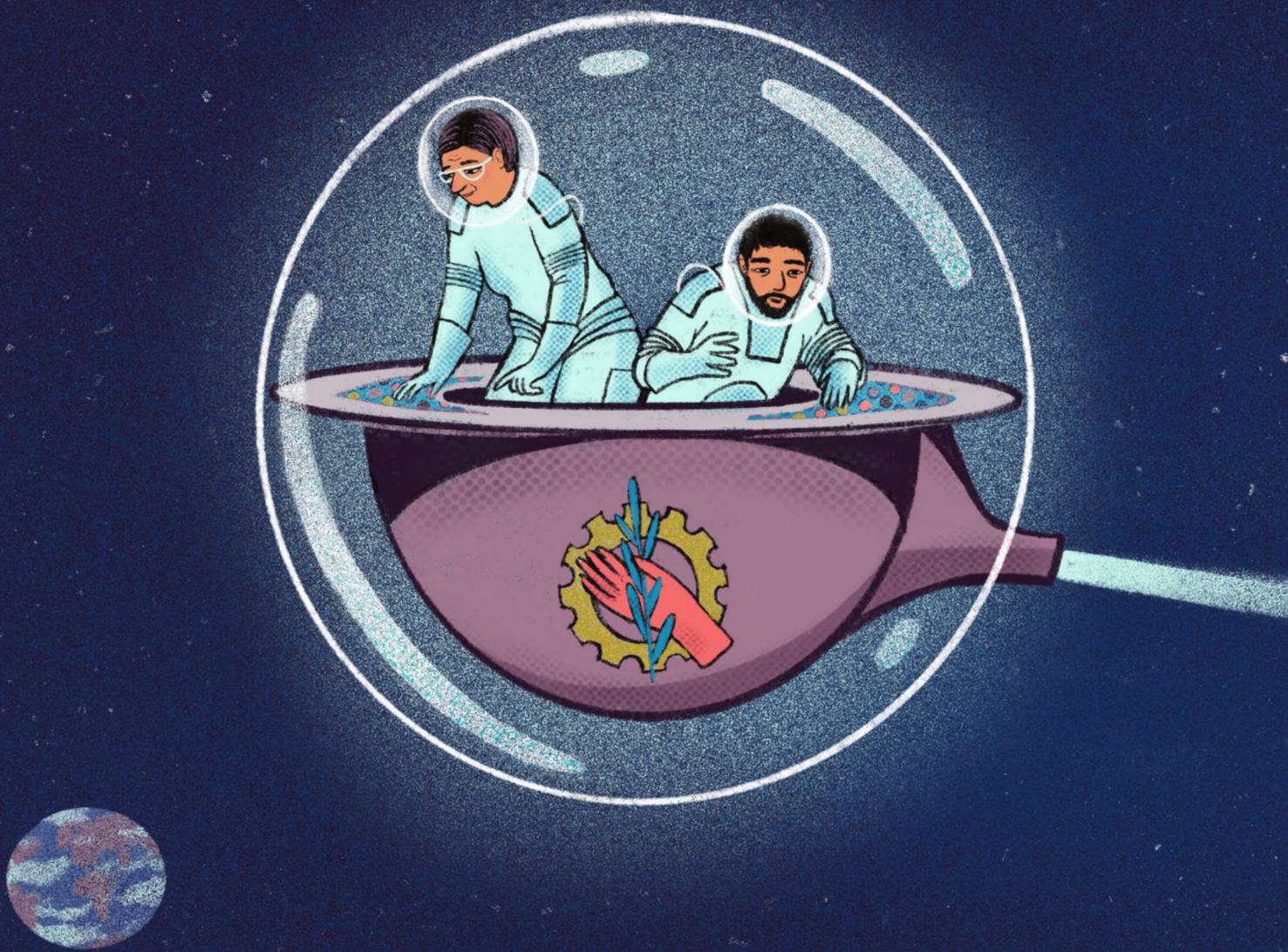
Y yo me he empeñado en darle la vuelta a cada negativa porque ¿Qué es esta profesión sin compartir los éxitos, sin creer en nuestros compañeros y sin el reconocimiento mutuo? Es mi forma de agradecérselo, aunque nunca me dijera por qué confió en mí desde el principio.

El equipo no ha parado de crecer desde que llegamos. Hay bastante trabajo porque hemos conseguido que los primeros pobladores entiendan que deben hablar, resolver los conflictos que van surgiendo, llegar a acuerdos y construir algo nuevo. Incluso hay quien se emociona al saberse parte de una comunidad y de una sociedad participativa. No hemos encontrado extraterrestres ni monstruos lunares. Ya veremos cuando vayamos a Marte.



Lo que nunca me hubiera imaginado es que me hicieran caso cuando pedí que instalaran muebles para las fotos en las casas.





Consejo General
del Trabajo Social